Foto: Erik Johansson

"… que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (San Juan 17:21)

(JORGE FERNÁNDEZ , 16/03/2017) **Tenía apenas 18 años y llevaba solo un año desde mi conversión al Evangelio** y mi bautismo en agua. Estaba en "el primer amor" y era feliz en la Iglesia Evangélica de Liniers, en Buenos Aires (Argentina), donde me congregaba. Entonces la Iglesia sufrió una dolorosa división y, el pastor, que había

sido un verdadero padre espiritual para mí y para mi familia, fue presionado e injustamente obligado a renunciar.

Quizás por esta traumática experiencia de “iniciación”, en ciertas realidades eclesiales que hicieron trizas mi visión inocente e idealizada de la Iglesia, los *pecados contra la unidad* me afectan de manera especial y me producen, hasta hoy, cuarenta años después, profunda tristeza.

Quizás también por ello, **la unidad de la Iglesia** haya sido para mí un tema de interés y reflexión durante estas cuatro décadas de peregrinaje cristiano, que ocupa un grado superlativo en mi escala de valores y que, con todas mis flaquezas y debilidades, ha marcado siempre mi compromiso personal con el Señor y con Su Iglesia.

Hoy siento la necesidad de compartir en este espacio algunas de mis conclusiones sobre el tema, sin ánimo de ser exhaustivo, ni tampoco polémico, ya que se trata de un asunto complejo y lleno de matices sobre el que mucho se escribe y se opina.

Por el momento daré solo “tres pinceladas” sobre la cuestión. La primera, con esta entrega, en la que trataré de explicar por qué creo que *“la unidad está muy minusvalorada”* entre nosotros, los cristianos evangélicos. Luego, en otra entrega, daré mi opinión sobre lo que considero es *“la principal amenaza”*
para la unidad. Y, por último, diré por qué creo que
“la unidad está demasiado sobre-espiritualizada”
.

La unidad está muy minusvalorada.

No cabe duda de que, lo que es *hablar*, en las iglesias evangélicas hablamos mucho sobre la unidad y su importancia para la Iglesia, especialmente cuando organizamos iniciativas relacionadas con la evangelización. Entonces, nunca falta una evocación a la oración de Jesús: “que sean uno, para que el mundo crea”. Sin embargo, el argumento no resulta suficientemente apelativo ni consigue reunir las voluntades esperadas en torno a un proyecto unido, casi nunca.

Y, vez tras vez, los pastores y líderes nos encontramos haciéndonos las mismas preguntas, “¿por qué es que otras confesiones religiosas, o movimientos sociales, consiguen reunir multitudes y llenar estadios con tanta facilidad, y a los evangélicos nos cuesta *horrores* juntar a dos mil o tres mil fieles para un acto de testimonio público y de expresión de unidad?”.

O, “¿por qué en un pueblo pequeño de 8.000 habitantes hay tres o cuatro iglesias locales de entre 25 y 50 miembros y no son capaces, ya no de fusionarse en una congregación de 300, pero al menos de colaborar juntas en proyectos de interés común, en lugar de *competir* y vigilarse con recelo, pendientes de las mismas
ovejas
?”.

O, “¿por qué el crecimiento numérico de las iglesias, muchas veces no se debe a la matemática *espiritual* de multiplicación, sino a la aritmética *carnal* de la división?”.

NO ES “NUESTRA” CREDIBILIDAD…

Creo que esto en parte se debe a que no entendemos, u olvidamos, el *significado literal y expreso* de esa oración del Señor, que es mucho más grave y trascendente de cómo con frecuencia lo interpretamos.

La forma en que generalmente entendemos y comunicamos el sentido de esta oración, es más o menos así: “Si la sociedad nos ve unidos,
seremos
más creíbles que si se nos ve fragmentados”. También nos alentamos con la idea popular de que, “si trabajamos unidos,
seremos
más fuertes, crearemos sinergias y optimizaremos recursos”. Un concepto, este último, equivalente a la máxima universal de que, “la unión hace la fuerza”.

No hay nada de malo en ello. El problema es que, *ese no es* el motivo de la oración de Jesús. Lo que está en juego, cuando no guardamos ni expresamos la unidad, no es principalmente
nuestra
credibilidad como Iglesia, ni tampoco
nuestra
fortaleza o debilidad; lo que está en juego es “
la credibilidad de Dios
y de su Hijo Jesucristo”. “Para que el mundo crea
que tú me enviaste
”; así concluye la oración de Jesús. El mundo no puede creer en un Dios que, desde su punto de vista, se desentiende de las injusticias y del sufrimiento humano. ¡Cuántas veces oímos ese argumento en boca de los que no creen! Y es un argumento válido, que no debemos menospreciar así sin más, sin antes mirarnos en el espejo de la empatía, donde podemos ver cómo la sociedad nos ve:
un cuerpo dividido y fragmentado, en el que es difícil reconocer la imagen del Hijo, enviado al mundo por el Padre para salvarnos
.

Porque, reconozcámoslo, no siempre el problema es que el mundo sea “muy incrédulo”, o de que “no es el tiempo de Dios”, o de que “no tenemos Cielos abiertos”, o de que “oramos y ayunamos poco”... Es decir, de ninguna de esas cosas con las que tantas veces explicamos la falta de poder y de eficacia de nuestra evangelización. No se nos ocurre pensar que, cuando el mundo mira a la Iglesia, lo que ve no le induce a creer “que Dios ha enviado a su Hijo para salvar al mundo”. Y que, por lo tanto, “no ha mostrado especial interés ni ha hecho nada por una humanidad perdida y abandonada a su suerte”.

Fallece Eduardo Vilchez, el jugador al que el Rayo Vallecano atrapó para siempre